

Sagredo habló á los hombres de la tripulacion, y no tardó en captarse su voluntad.

Empezó á anochecer, y casi instantáneamente estalló una tormenta.

Despues de correr un temporal desecho de dos dias, la carabela, desarbolada, llegó á una costa.

Era de caribes, y todos acudieron á la playa en actitud amenaadora.

Pronto sabremos el destino que la Providencia reservaba á aquellos dos leales amigos de Colon.

Atemos ahora alguno de los cabos que hemos dejado sueltos.

CAPITULO LXXIX.

Cabos sueltos.



MIENTRAS todos los sucesos que hemos referido tenían lugar en la costa de la Jamáica y en la colonia de Santo Domingo, habian sucedido á algunos de los personajes más íntimamente ligados con Colon cosas que merecen contarse.

Villejo, renunciando á la brillante posicion que la proteccion de los reyes le brindaba se consagró por completo á cuidar á la pobre madre de Isabel, á la infeliz ciega, que no cesaba un instante en pensar en su desventurada hija y de verter copiosas lágrimas al recordar la horrible muerte que habian tenido todas sus ilusiones.

Diego, por su parte, uniendo á sus antiguas penas las que despertaban en su alma la triste situacion de su familia, y la sorda guerra que hacian á su padre poderosas influencias, vivia más reconcentrado, más taciturno que nunca y todo hacia creer que una de esas enfermedades del espíritu se habia apoderado por completo de él, y no tardaria en llevarle al sepulcro.

Isabel no era ménos desgraciada.

La hemos dejado en poder del hombre infame que, no habiendo podido perder á la madre, intentaba seducir á la hija, y por la conversacion que hemos oido de Mendez y Sagredo, hemos podido ver que despues de una entrevista vio-

lenta entre el seductor y su víctima, fué aquel á ver al obispo Fonseca y volvió á su casa con una litera, conducida por cuatro criados, los cuales recibieron la órden de llevar á la jóven á un convento.

Tambien hemos tenido ocasion de saber que Aguado se hallaba dominado por una pasion violentísima.

En efecto: cuando sacó de manos de la gitana á la jóven para llevarla á su casa engañada, su ánimo era dominar á Isabel por completo, contando con la fuerza, si la maña no le bastaba, para conseguir su objeto.

Peró astucia y fuerza se estrellaron contra la entereza de la jóven.

Al pronto, miró Isabel á Aguado como un protector.

Su aparicion en casa de la gitana, sus palabras, las más á propósito para inspirarle confianza, su actitud humilde y galante, todo le hizo creer que aquel hombre estaba llamado á ser su salvador.

Era tan inminente el peligro que corria, tan oscuro el porvenir que se le presentaba, que no titubeó en seguirle.

Vivia en un sepulcro, y aquel hombre iba á abrirla de nuevo las puertas de la vida.

Iba á llevarla á los brazos de su madre, cuyas desgracias ignoraba; iba también á devolverla al amor de Villejo, que era para ella una de las pérdidas más dolorosas.

Nuestros lectores recordarán las preguntas que dirigió á Aguado apénas llegó á la habitacion que aquel la destinó en su casa.

—Tened paciencia, le dijo; pronto veréis á lo que más amais.

Y la jóven esperó.

Sentándose en un sitio, apoyó la cabeza sobre una de sus manos, y cediendo al cansancio y al sueño, cerró los ojos y durmió.

Al dia siguiente, apénas penetraron á través de los vidrios de colores los primeros rayos del sol en la estancia donde se hallaba, abrió los ojos y halló á su lado al que creia su protector.

La proteccion de su mirada no era entónces la del hombre que quiere proteger, sino la del que despues de haber contemplado á la hermosura y á la inocencia, aguarda, como el gavilan á la paloma, para hacerla su presa.

Con esa intuicion que tienen todas las mujeres, adivinó Isabel en los ojos de aquel hombre que habia despertado en su pecho un horrible deseo.

Se estremeció como la hoja en el árbol.

Quiso articular una pregunta, quiso pedir á aquel miserable explicacion por la ausencia de las personas que debian estar á su lado, y no se atrevió á proferir una sola palabra.

Aguado temblaba con la fiebre del amor, de ese amor diabólico que lleva al crimen.

—¿Qué teneis, Isabel? le dijo, despues de contemplarla en silencio un instante. Os veo trémula, agitada... ¿Acaso dudais de mí?

—¿Y mi madre? exclamó la jóven. ¿Cómo no ha venido?

—Tranquilizaos, hija mia, tranquilizaos. Si me dais palabra de ser buena, de ser amable, os confiaré un secreto que será la respuesta de esa pregunta que acabais de dirigirme.

—Hablad por Dios, hablad; la zozobra me mata.

—¿Me dais palabra de no enfadaros conmigo?

—Os suplico que calmeis esta ansiedad que me devora.

—Pues bien, oid: vuestra madre vendrá á veros, á estrecharos entre sus brazos, á derramar sobre vuestro corazon los tesoros de su ternura; pero para ello es preciso que seais dócil, que accedais á mis ruegos.

—¿Qué pretendéis de mí?

—¿No me habeis reconocido aún, Isabel?

—No; ignoro quién sois.

—Y sin embargo, yo he sido un buen amigo de vuestra madre, he ido muchas veces á vuestra casa, he tenido el placer de....

La jóven le miró fijamente.

—Sí.... ahora recuerdo.... Creo que no es esta la primera vez que os veo.

—¿Habeis olvidado mi nombre?

—¡Vuestro nombre!.... dijo la jóven, pugnando por recordarle....

—Soy Antonio Aguado.

—¡Oh! Sí, ya recuerdo; vos vinisteis á verme en nombre de Colon, nuestro protector.

—Veo que teneis buena memoria.

—Ahora os creo, ahora respiro, porque siendo amigo suyo, tendreis piedad de mí.

—Tenedla vos, y la tendré yo.

—Hablad; os lo suplico, os lo ruego.

—¿No notasteis que fuí bastantes veces á vuestra casa?..

—Sí.

—¿No descubristeis nada en mis ojos que revelase el sentimiento que inundaba mi alma?

—¡Dios mio! dijo la jóven, levantándose y buscando anhelante un refugio contra aquel seductor, porque desapareció la confianza que habian despertado en su alma sus anteriores palabras.

—Es inútil que intenteis salir de aquí, dijo éste con irónica calma. El sentimiento que me inspirasteis entónces fué un amor veheméntísimo; pero quiso mi desgracia que otro hombre imprimiera en vuestro pecho la misma pasion que habiais despertado en el mio, y como os amaba, y por nada del mundo

podia renunciar á la felicidad que me brindaba vuestro cariño, ciego de ira, movido por los celos, hice que una mujer, á quien compré, os esperase, os tendiese un lazo y os llevase á la casa en donde habeis vivido hasta ahora. Ya es inútil ocultaros nada. Esa mujer era cómplice mia; yo, al arrancaros de sus manos, os he traído á un verdadero encierro, del que solo saldreis, siendo mi esposa, para abrazar á vuestra madre; encierro en el que permaneceréis siempre si destruís las ilusiones que vuestra belleza ha hecho concebir á mis sentidos.

Isabel era muy niña aún.

Sus ojos habian llorado con sentimiento la muerte de su padre.

Su corazon habia libado á un mismo tiempo la copa de la felicidad y la del dolor.

Sin embargo, las desgracias que hasta entónces habia sufrido no habian producido horror alguno en su alma.

En tanto, ese bálsamo dulcísimo de las almas sensibles habia calmado su angustia.

El amor que habia nacido en su pecho habia borrado todos los recuerdos tristes, y habia presentado á sus ojos horizontes risueños.

No podia imaginarse una maldad como la que tenia presente.

No podia imaginar que hubiera un hombre tan infame, tan miserable, tan inícuo, que pudiera tender la red de aquella manera tan indigna á una jóven pura y virtuosa, y la entregase á una mujer tan asquerosa como la que se habia apoderado de ella, y que, no contento aún, tuviese valor de engañarla para llevarla á su casa é imponerla aquel terrible dilema: ó la abnegacion, ó el sacrificio.

La niña se convirtió de pronto en mujer, y en mujer heroica.

—Matadme si quereis, exclamó; pero nunca seré vuestra.

—¿Nunca? dijo Aguado. Bien está. Todos los días vendré á preguntaros; tendré suficiente paciencia para esperar. ¡Ay de vos si no comprendéis que ser mi esposa es vuestra única salvacion!

Y despues de pronunciar estas palabras, partió, cerrando la puerta y dejando sola à Isabel.

Apénas se vió libre de la presencia de aquel hombre, prorumpió en amargo llanto.

Todas sus esperanzas se desvanecieron, y llamó à la muerte con la vehemencia de la desesperacion.

Al dia siguiente, cuando Aguado fué á verla, la halló con una fiebre y un delirio espantoso.

Inmediatamente dió orden para que llevasen un lecho á aquella habitacion, depositó en él á la jóven, y corrió à buscar un médico.

La idea de que podia morir sin realizar sus deseos, fué la chispa que encendió en su pecho la pasion volcánica que más tarde le convirtió en esclavo de la jóven.

CAPITULO LXXX.

Donde la víctima manda y el verdugo obedece.



La enfermedad de Isabel se agravó.

Durante muchos dias, el médico que la asistia aseguró que la crisis debia ser fatal.

Imposible es describir el interes, el cuidado, el celo que desplegó el seductor para salvar á su víctima.

El peligro que corria la hacia adquirir doble prestigio á sus ojos.

El ambicioso inhumano hubiera dado todos sus honores, todas sus riquezas por salvarla.

Afortunadamente la juventud pudo dominar la enfermedad, y al cabo de un mes entró Isabel en convalecencia.

Nada le faltó.

Una camarera de toda la confianza de Aguado estaba continuamente á su lado.

Este, temiendo que su presencia pudiera molestarle, dejó de verla algunos dias; pero no pudiendo contener el deseo de contemplar á aquella mujer, á quien habia arrancado de las garras de la muerte, entró en su aposento.

La impresion que recibió la jóven fué tan grande, que empeoró; y para que aquella recaída no fuese fatal, hubo necesidad, con arreglo á las prescripciones del médico, de llevarla al campo.

Aguado mandó preparar una litera, y la condujo à una de

las posesiones que habia comprado al regresar del Nuevo Mundo.

Más de medio año la tuvo allí encerrada; pero podia pasear por un jardin cuyas elevadas tapias impedian que fuese descubierta por miradas extrañas.

En este tiempo la pasion llegó al último grado.

Isabel estaba completamente rejuvenecida.

Aguado quiso tener una entrevista con ella, y temiendo impresionarla fuertemente, le anunció con la camarera su deseo.

La jóven, por su parte, deseaba tambien verle para pedirle por favor que abreviase su martirio.

Al presentarse Aguado á Isabel, se cambiaron los papeles desde el primer momento.

El era el enamorado tímido.

Ella la mujer varonil, resuelta á jugar el todo por el todo.

A las amenazas sucedieron en los labios de Aguado los más cariñosos ruegos.

Isabel llegó á comprender que aquel hombre estaba verdaderamente apasionado de ella.

Pero en vez de inspirarle compasion aquel afecto, que era un castigo providencial, le inspiró horror.

Todos cuantos esfuerzos hizo en posteriores entrevistas para dominarla, fueron inútiles.

La resistencia de la jóven era cada vez más tenaz.

Un dia, al que hemos hecho alusion por boca de Sagredo, fué decidido á hablarla por la última vez.

La desesperacion le impulsó á atropellarlo todo.

La escena pasaba en una habitacion que tenia una ventana sin hierros, con vistas al jardin, y á una elevada altura del suelo.

—Si dais un paso más, dijo la jóven, al ver que se acercaba á ella, me arrojé por esta ventana, y no tendreis en vuestro poder más que un cadáver.

Aquellas palabras indicaban una resolucion tan arraigada, que el seductor cayó de rodillas, y cediendo ante la idea de perderla:

—Pues bien: ya que no seais mia, la dijo, no habeis de ser de nadie. Aguardad aquí mis órdenes.

Y desapareció, y por la primera vez de su vida fué á confiar al obispo Fonseca la situacion de su espíritu.

Este, que necesitaba el concurso de Aguado para la realizacion de sus ideas, aprovechó la ocasion para condenar aquella pasion, indigna, en su concepto, de un hombre sério, y dándole el consejo que le pedia:

—La justicia la ha buscado, le dijo; la misma reina ha demostrado un gran empeño en que pareciera y en castigar á sus raptos. Es necesario que no pueda sospecharse nunca que sois vos quien la ha arrebatado de los brazos de su madre.

—¿Y de qué medios podemos valernos para eso?

—Es necesario que entre en un convento.

—En España seria fácil hallarla.

—Yo me encargo de hacer que la conduzcan á Portugal, y allí se ignorará siempre quién es.

Fonseca cumplió su promesa, y la jóven fué en la litera que procuró Aguado hasta una venta próxima á la quinta.

Allí se presentó á ella un hombre encubierto, que la entregó un papel.

La joven leyó en él estas palabras:

«Si declarais quien sois, coincidirá con vuestra declaracion la muerte de vuestra madre y la de vuestro amante Villejo.

«Si por el contrario, seguís y obedecéis ciegamente al que os entregue este escrito, estad segura de que al final de la jornada tendreis el premio de vuestro silencio.»

—Disponed de mí, dijo Isabel.

Aquella noche durmió en la venta, y á la mañana siguiente, muy temprano, la llamó el desconocido, y conduciéndola hasta la puerta del meson, la hizo subir en una mula, en la que habia colocadas unas jamugas; en otra montó él, y un anciano, arriero de profesion, tomó del ramal la caballería donde iba la jóven, poniéndose en marcha por caminos extraviados.

Al cabo de muchas jornadas llegaron los tres á Portugal, y en uno de los pueblos mas próximos á la frontera se detuvieron delante de un convento de monjas.

El desconocido entró con Isabel en el locutorio, y entregó una carta á la madre abadesa.

Esta la leyó, y despidiéndose del que habia acompañado á la jóven, mandó á ésta que la siguiera.

Isabel quedó allí en calidad de novicia.

Comprendió que eran poderosos sus enemigos, que si revelaba aquel secreto peligrarian las personas más queridas de su corazon, y resolvió aguardar á que la Providencia acudiese en su auxilio.

Cuando Diego Mendez llegó á Sevilla, lo primero que hizo fué averiguar por medio de Soria el contador si estaba allí Isabel Monteagudo.

Lo único que pudo saber despues de muchas investigaciones, fué que se habia embarcado en un buque y que habia partido algunos dias ántes con rumbo á Portugal.

Recordó entónces que en la última entrevista que habia celebrado aquella mujer con Sagredo habia adquirido indicios del paradero de la jóven secuestrada, y prosiguió su viaje hácia la corte, que se encontraba á la sazón en Valladolid.

CAPITULO LXXXI.

Donde se ve cómo Mendez halla en un rio los modos de cruzar el mar.



Al llegar á Valladolid Diego Mendez lo primero que hizo fué buscar al hijo de Colon para referirle el estado en que se hallaba su padre y entregarle las cartas que debia presentar á la reina.

Tan inesperada revelacion aumentó la tristeza del jóven.

Aquel dia debia entrar de servicio en el cuarto de la reina, y aprovechó esta circunstancia para presentarle las cartas.

Los enemigos de Colon habian hecho circular en España el rumor de su muerte.

—Cuando ha pasado tanto tiempo sin que nada se sepa, es casi seguro, decian, que la tempestad que destruyó los bajeles de Bobadilla alcanzase á su endeble carabela, y sepultase en el abismo al almirante y á los que le acompañaban.

El mismo Diego empezaba á sospechar que tal hubiera sido el triste fin de su padre, de su hermano y de su tio; pero las noticias de Mendez le tranquilizaron, aunque le affigieron, porque casi era peor que la muerte la situacion en que se encontraba el autor de sus dias.

La reina, que ya estaba muy achacosa, leyó con inmensa alegría las cartas del almirante, y presentándose inmediatamente á su esposo le rogó que diera acto continuo las órdenes para que se aprestase una carabela que fuese al mando de Diego Mendez á buscar á los náufragos.

No contenta con esto, quiso conocer al valiente soldado que tantos sacrificios habia hecho por su jefe, y Mendez escuchó de los labios de su soberana frases que guardó con veneracion en su alma.

Pero al mismo tiempo que las cartas de Colon, habian llegado á España otras de Ovando, en las cuales decia á Fonseca la situacion en que se hallaba el almirante, y la seguridad que habia de su ruina con solo que se le dejase sin auxilio algun tiempo.

El rey don Fernando, á quien preocupaban más los asuntos de la Europa que los de las Indias, no se condolió tanto como la reina de la aflictiva situacion en que estaba el ilustre marino.

Pero era de todo punto necesario salvar las apariencias, y transmitió á Fonseca, convertido en orden, el ruego de su esposa.

Esta orden indignó al enemigo de Colon.

¿Cómo se habia descubierto lo que pasaba?

¿De qué manera habia podido enviar á los reyes noticias de su estado?

Para no descubrir su enojo, tuvo que simular una inmensa alegría por que no se habian confirmado los rumores que habian corrido acerca de la muerte del almirante; pero hizo todo lo posible para dificultar la salida del buque que debia ir á la Jamáica.

Por de pronto, fué llamado Mendez á Sevilla.

Diego obtuvo permiso de la reina para acompañar á aquel bizarro soldado en la arriesgada expedicion que iba á hacer en busca de los náufragos.

Pero ántes quiso ver á Inés y á Villejo, que estaban en Baeza, y se separó de Mendez.

Este llegó á Sevilla ántes que Diego Colon.

Allí permaneció muchos dias, venciendo todas las dificultades que la astucia de Soria, aleccionado por Fonseca, oponia á sus deseos.

Pero apénas vencia un obstáculo, surgia otro, y ya desesperaba de que se armase un buque, cuando la casualidad le proporcionó una aventura que vamos á conocer.

Una noche se paseaba por las orillas del Guadalquivir, imaginando de qué medio valerse para contrarrestar la astuta habilidad de los enemigos de Colon, cuando vió pasar por el rio en una góndola á algunas damas que escuchaban las alegres canciones de sus camaristas, miéntras se paseaban respirando las frescas brisas del Guadalquivir.

Algunos minutos despues oyó un grito, al que siguieron otros varios.

—¡Favor! ¡Favor! gritaron los que iban en la lancha.

Diego acudió precipitadamente á la orilla, y oyó decir que una de las señoras habia querido ponerse de pié, habia perdido el equilibrio y habia caido en el rio.

Los remeros se arrojaron al agua.

Diego hizo otro tanto, y ántes que aquellos, logró encontrar á la dama y sacarla á la orilla.

Las damas desembarcaron, prodigaron auxilios á la que habia estado á punto de perecer, que era por cierto una jóven de peregrina hermosura, y Mendez se apartó ántes de que volviera en sí para evitar las frases de reconocimiento, poco agradables á su carácter rudo y franco.

Al dia siguiente notó que en una de las calles de Sevilla fijó en él sus ojos una dueña, y variando de rumbo, le siguió.

Al entrar en una de las calles más solitarias:

—Hidalgo, le dijo; sabed que anoche habeis salvado de la muerte á una de las damas más ilustres de España, á doña María de Toledo, hija de don Fernando de Toledo, gran maes-

tre de Leon y señor mio, el cual, agradecido á vuestro arrojo, me ha dicho esta mañana:

—«Sal, y no vuelvas sin traerme ese hidalgo, á quien deseo conocer y honrar como merece.

Una idea cruzó de pronto por la mente de Diego Mendez.

Y haciendo lo que decia, fueron los dos hasta la egregia morada de don Fernando de Toledo, hermano de don Fadrique, duque de Alba entónces y primer favorito del rey.

Por el camino fué la dueña contando à Diego Mendez por menores de sus amos.

De la jóven á quien el valiente soldado habia librado de la muerte, le dijo que la habia enviado su padre á distraer su ánimo, porque estaba muy triste; que su padre era muy rico, y que ya sabia cuál era la causa de la tristeza de la hija.

Habló otra porcion de cosas que no son del caso, y llegaron por fin al término de su excursion.

No bien hubo traspasado Diego Mendez el umbral de la casa, se halló con que la jóven á quien habia salvado la noche ántes de una muerte cierta le esperaba en el tramo de la escalera que conducia al salon principal.

—Bien venido seais, amigo mio. Mi padre ansiaba el momento de poder daros las gracias, dijo la jóven llena de alegría.

Diego Mendez, por toda respuesta, hincó una rodilla en tierra y besó respetuosamente la mano de doña María de Toledo.

La dueña entre tanto fué á anunciar á su amo el feliz encuentro que habia tenido, y poco despues se abrieron para Diego Mendez las puertas de un salon, espléndidamente adornado, en el que salió á recibirle un caballero anciano, de luenta cabellera y blanca barba, que le tendió la mano con afectuosa familiaridad.

—Habeis salvado la vida á mi hija, le dijo, y ella quiere

que le pidais una gracia, que cualquiera que sea os otorgará.

Diego Mendez refirió en breves palabras, con su natural franqueza, el objeto de su viaje, las circunstancias que habian motivado su llegada á Sevilla, los deseos que abrigaba y los obstáculos que se oponian á su realizacion.

—No para mí, añadió, sino para el que todos debemos honrar, voy á pedir os una gracia: dadme lo necesario para fletar un buque, no como dádiva, sino como préstamo. Mi señor y dueño os lo agradecerá, y yo os devolveré esa cantidad al regresar á España.

Las palabras de Diego Mendez produjeron en la jóven más impresion de lo que era posible imaginar.

Al oír pronunciar el nombre de Colon, al oír sobre todo que su hijo Diego debia llegar en breve para salir en busca de su padre, sus mejillas se encendieron y manifestó una emocion vivísima.

—Padre mio, exclamó la jóven, otorgadle esa gracia.

—Dentro de cuatro dias, dijo don Fernando, tendreis á vuestras órdenes en el puerto de Cádiz una carabela, que os conducirá adonde querais.

Diego Mendez, ébrio de alegría, besó la mano de don Fernando, ofreció pagar con su vida aquel beneficio, y salió alborozado de la casa adonde la Providencia le habia conducido.

Al llegar á la posada en donde se habia hospedado, halló á Diego Colon.

Le refirió la escena en que acababa de tomar parte, y despertó un sentimiento de gratitud hácia aquella jóven en el corazon del hijo infortunado.

Aquel sentimiento debia ser eterno, debia engrandecerse. Otra aventura fué causa de ello.

Vamos á referirla.